

La última sesión de Freud.

Acerca de la función del resto en “Análisis terminable e interminable”

Ernesto Vetere

“No puede pedirse, es evidente, que el futuro analista sea un hombre perfecto antes de empeñarse en el análisis, esto es, que sólo abracen esa profesión personas de tan alto y tan raro acabamiento. Entonces, ¿dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión?”¹

A través de este texto, escrito dos años antes de su muerte, Freud nos lega una de sus últimas elaboraciones, esta vez, referida a las posibilidades de terminación de un análisis. Asunto de inagotable vigencia ya que concierne a dos cuestiones, entrañablemente ligadas entre sí, y esenciales para nuestra práctica: la eficacia del psicoanálisis y la formación de los analistas.

El título del artículo freudiano nos invita a poner el énfasis en la conjunción que articula ambas proposiciones: un análisis es, a la vez, terminable e interminable. Desde mi lectura del texto, propongo situar como fundamentos de esta tesis, el lugar y el valor que la ética freudiana le otorga a la función del resto.

A los fines del estudio de esta función y de sus consecuencias respecto de la terminabilidad e interminabilidad del análisis -y muy especialmente, del análisis del analista-, elegí como punto de partida para iniciar el recorrido de hoy un pasaje que se ubica en los márgenes del escrito, inmediatamente antes de su comienzo. En su nota introductoria, el editor James Strachey transcribe el fragmento de una carta que Freud le envió a Wilhelm Fliess el 16 de abril de 1900 (carta 133) y que versa sobre uno de sus pacientes, el señor E: “E. concluyó, por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar a mi casa. Su enigma está casi totalmente resuelto; se siente perfectamente bien y su manera de ser ha cambiado por completo; de los síntomas subsiste todavía un resto. Comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable

{*Endlosigkeit*} de la cura es algo acorde a ley y depende de la transferencia. Espero que ese resto no menoscabe el éxito práctico. En mis manos estaba continuar la cura, pero vislumbré que ese es un compromiso entre salud y enfermedad, compromiso que los propios enfermos desean, y por eso mismo el médico no debe entrar en él. La conclusión asintótica de la cura a mí me resulta en esencia indiferente; decepciona más bien a los profanos. En todo caso, mantendré un ojo vigilante sobre este hombre...”.²

La última sesión de Freud. Acerca de la función del resto en “Análisis terminable e interminable”

Estas líneas nos muestran una temprana preocupación de Freud por el tema en cuestión. También reflejan sus contradicciones, que llegan incluso a incidir frontalmente sobre el modo de concebir la relación existente entre la transferencia y la conclusión de un tratamiento.

Entiendo además que la alusión a ese resto sintomático, presente en la mención de esta carta, constituye un verdadero anticipo de lo que será, durante el transcurso del escrito, uno de los puntos de insistencia donde se apoyará toda la interrogación freudiana acerca del fin del análisis. Interrogación que relevo en esta ocasión, reformulándola de la siguiente manera: *¿qué hacer con ese resto?*

Propongo despejar dentro de “Análisis terminable e interminable” tres funciones posibles, articuladas pero diferenciables entre sí, de ese resto sintomático:

La primera de ellas le permite a Freud sostener un decidido cuestionamiento a cualquier ideal de normalidad psíquica y de omnipotencia terapéutica. Trabajando la multivocidad del giro lingüístico “final o término de un análisis”, Freud se detiene en lo que considera su significado más ambicioso: “En nombre de él se inquiera si se ha promovido el influjo sobre el paciente hasta un punto en que la continuación del análisis no prometería ninguna ulterior alteración. Vale decir, la pregunta es si mediante el análisis se podría alcanzar un nivel de normalidad psíquica absoluta, al cual pudiera atribuirse además la capacidad para mantenerse estable...”.³ Y si bien llega a afirmar que la experiencia clínica corrobora la existencia de casos con “tan feliz desenlace”, Freud termina, casi con un dejo de ironía, explicitando sus dudas: “Si el paciente así restablecido nunca vuelve a producir una perturbación que le hiciera necesitar del análisis, uno en verdad no sabe cuánto de esta inmunidad se debe al favor del destino, que quizá le ha ahorrado unas pruebas demasiado severas”.

Estas dudas se irán transformando, con el correr de sus elucidaciones sobre las invariantes de la estructuración subjetiva -éstas son, la intensidad

constitucional de las pulsiones y la alteración perjudicial del yo-, en certidumbres respecto de la imposibilidad de acceder por medio del abordaje terapéutico a aquella pretendida normalidad psíquica, definida más adelante y ya sin reparos, como una “ficción ideal”. En sintonía con tales certidumbres, Freud rectificará los alcances terapéuticos de su método: “Uno no se propondrá como meta limitar todas las peculiaridades humanas a favor de una normalidad esquemática, ni demandará que los “analizados a fondo” no registren pasiones ni puedan desarrollar conflictos internos de ninguna índole”.⁴

La segunda función del resto encontrada en el escrito pone de relieve otra noción, también de gran relevancia para nuestro tema: la noción de obstáculo. Entre los obstáculos más poderosos que dificultan la marcha de la cura, Freud destaca fundamentalmente al masoquismo inmanente del ser humano y sus manifestaciones más habituales en la clínica, entre ellas, la reacción terapéutica negativa, la conciencia de culpa y la necesidad de castigo: “Durante el trabajo analítico no hay impresión más fuerte de las resistencias que la de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y a toda costa quiere aferrarse a la enfermedad y el padecimiento”.⁵

Pero el maestro vienés también nos advierte sobre los riesgos de que sea el analista mismo quien se convierta involuntariamente en un obstáculo para la consecución del trabajo analítico. Retomando la propuesta de Ferenzi, vertida en su libro *El problema de la terminación de los análisis*, Freud asevera: “No sólo la complejidad yoica del paciente: también la peculiaridad del analista demanda su lugar entre los factores que influyen sobre las perspectivas de la cura analítica y dificultan esta tal como lo hacen las resistencias”.⁶

Me permito aquí abrir un breve paréntesis con el propósito de estimular algunas reflexiones posibles sobre las distintas formas en las que los analistas podemos llegar a obstaculizar los tratamientos que dirigimos. A modo de ejemplo, quisiera compartir con ustedes la referencia de un libro tan interesante como polémico -incluso desde su mismo título: *El día que Lacan me adoptó*-, mediante el cual el psicoanalista Gerard Haddad transmite su testimonio del

análisis realizado con Lacan. El relato está impregnado de la pasión y la idolatría que recorrieron toda la relación transferencial, incluso después de la muerte de Lacan, tiempo en el que el autor tiene el sueño que dará letra al título del libro y en el que Lacan le dice, sentado junto a él en el borde de una cama matrimonial: “usted es mi hijo adoptivo”. Transcribo un fragmento del libro en el que Haddad comenta la reacción de Lacan ante uno de sus tantos intentos de interrumpir el análisis:

“-No -le dije a Lacan en otra oportunidad, algunos años más tarde, cuando ya había empezado la profesión de analista-, esto no puede seguir. Me voy a detener en este punto, voy a interrumpir mi análisis.

Esta vez también, luego de dedicar días a una dolorosa reflexión, estaba perfectamente decidido. No era ningún petardo lanzado al aire. Lacan suspiró:

-Mi querido amigo, lamento no haberle podido ayudar. Usted queda libre de interrumpir, ya lo sabe. Yo en su lugar no lo haría.

Luego, dejando su escritorio, se sentó en su sillón, a algunos centímetros de mi rostro. Entonces agregó:

-Sepa en todo caso que yo lo quiero bastante, porque usted es uno de los pocos que entiende lo que digo.

Fueron exactamente sus palabras. ¿Podría dejarlo luego de haberlas escuchado?”.⁷

Claro está, que se trata de un testimonio y como tal, no constituye una suerte de copia certificada, fiel a lo que original y efectivamente allí pudo haber pasado. En psicoanálisis ese original está irremediablemente perdido. Es más, en este testimonio hasta podríamos decir lo contrario: quizás se deja leer mejor lo que allí no pasó, lo que de la relación transferencial no terminó de pasar. La transferencia, motor de la cura, puede así transformarse en un obstáculo, no siempre franqueable, impidiendo paradójicamente aquello a lo que apunta, es decir, su propia caída. En estos casos, el análisis contradice en su propia

experiencia lo que es su más esencial finalidad: la destitución de ese Otro que se supone que sabe, ampara o goza. Reducir el acto del fin de análisis a la acción de “dejar al analista”, reaviva la dimensión pasional de la transferencia, alimentando así lo que nuestro amigo Héctor López denomina “el fantasma de ser un eterno analizante”.⁸

Volvamos nuevamente a Freud. Considerando entonces estos peligros, cobra aún mayor importancia el acento que él ubica sobre la necesidad del análisis del analista. No obstante, al tiempo que lanza decididamente su propuesta, Freud agrega que, por razones prácticas, este análisis debe ser breve e incompleto. Consecuentemente con este planteo, sugiere que “todo analista debería hacerse de nuevo objeto de análisis periódicamente, quizá cada cinco años, sin avergonzarse por dar ese paso”.⁹ De esta manera, también el análisis del analista pasaría a ser interminable. Hete aquí el atolladero freudiano, al concebir la posibilidad del fin del análisis didáctico como un asunto práctico y no como una exigencia ética.

Resaltaré, por último, una tercera función del resto dentro del texto freudiano: la función del límite. Límite irrebasable para Freud y balizado por los modos resistenciales a través de los cuales ambos sexos pugnan por desautorizar la feminidad: “A menudo se tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la “roca de base” y, de este modo, al término de su actividad”.¹⁰ Como Freud no elabora una doctrina del fin de análisis, este límite no llega a constituir una imposibilidad de estructura sino más bien la impotencia relativa a una posición renegatoria frente a ese real. Utilizando términos freudianos, entiendo que ese límite no es la castración misma sino las protestas del sujeto frente a la castración. La angustia que se desprende de este complejo sí podría señalar un camino de salida a través del cual el sujeto pueda liberarse de su religiosidad y con ello, ir efectuando el duelo necesario por aquellas protestas. Pero la propuesta freudiana se detiene más acá de dicha salida.

La última sesión de Freud. Acerca de la función del resto en “Análisis terminable e interminable”

Para concluir, ¿cómo pensar entonces la última sesión más allá de Freud? Propongo, a partir de los desarrollos precedentes, la siguiente alternativa de formalización: el anudamiento de las tres funciones del resto recién apuntadas a través de una cuarta dimensión, ausente en la obra freudiana: la función del resto en tanto saldo de la operatoria del fin de análisis.

Uno de los mayores aportes legados por la enseñanza de Lacan tiene que ver precisamente con la construcción de distintas teorías acerca del fin de análisis, en las cuales siempre se le ofrece un lugar destacado a la función del resto. Sólo subrayaré dos de estas conocidas teorías, relativas a tiempos diferentes de la enseñanza de Lacan, pero susceptibles de una rigurosa articulación lógica entre ambas: la del atravesamiento del fantasma y la del saber-hacer con el *sinthome*. Valiéndonos de dicha articulación podríamos incluso precisar aún más nuestra pregunta del comienzo: ¿qué hacer con ese resto sintomático desprendido del fantasma?

No obstante, será en la *“Proposición del 9 de octubre...”* donde Lacan podrá sentar las bases de una doctrina del fin de análisis que concierna especialmente a la formación del analista y a sus incidencias sobre la política institucional del psicoanálisis. Extraigo de allí esta definición: “El paso del psicoanalizante al psicoanalista, tiene una puerta cuyo gozne es el resto que hace su división, pues esa división no es más que la del sujeto, cuya causa es ese resto”¹¹.

Para dar ese paso, el de la última sesión, el sujeto debe tomar una decisión, que no es volitiva ni racional sino esencialmente ética, decisión que escriba definitivamente aquella escisión, la que anida, atraviesa y transforma su ser.

Si el analizante así devenido analista, trabaja de eso, tendrá la oportunidad de hacer algo con ese resto, interminablemente, no sólo en su vida sino también en su oficio. ¿Cómo podría explicarse que un analista que recorrió de principio a fin la experiencia de su propio análisis, con las caídas que ello implica, entre otras, la del dispositivo mismo, pueda sostener aún con mayor

entusiasmo y compromiso su apuesta por la clínica y la transmisión del psicoanálisis? ¿No será que ese resto puede llegar a convertirse en una nueva causa *también* para el deseo del analista?

Citas bibliográficas:

¹ Sigmund Freud: “Análisis terminable e interminable” (1937), en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, tomo XXIII, pág. 250.

² *Ibíd.*, pág. 217.

³ *Ibíd.*, págs. 222-223.

⁴ *Ibíd.*, pág. 251.

⁵ *Ibíd.*, pág. 244.

⁶ *Ibíd.*, pág. 249.

⁷ Gerard Haddad: “El día que Lacan me adoptó. Mi análisis con Lacan”, Letra Viva, Buenos Aires, 2006, págs. 124 y 125.

⁸ Héctor López: “Lo fundamental de Heidegger en Lacan”, Letra Viva, Buenos Aires, 2011, pág. 170.

⁹ Sigmund Freud: *op.cit.*, pág. 251.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 253.

¹¹ Jacques Lacan: “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 1987, pág. 18.